

# La sátira política de Luis Carlos López

James Alstrum

No cabe la menor duda que la obra poética del cartagenero Luis Carlos López (1879-1950), es netamente satírica y según el crítico Federico de Onís, acarrea "el modernismo al revés" que constituye el hilo central de toda su antipoesía<sup>1</sup>. Muchos de los versos satíricos de López van dirigidos contra los políticos y el clero de su tiempo y presentan una censura mordaz de los cincuenta años llamados por más de un historiador colombiano como la época de "la república conservadora"<sup>2</sup>. Durante los años de la prolongada hegemonía conservadora en Colombia transcurre también la mayor parte de la trayectoria vital y artística de López, quien, sin embargo, dirige algunos dardos agri dulces de su estro satírico contra los liberales a partir del triunfo electoral de Enrique Olaya Herrera en las elecciones de 1930. Durante casi medio siglo y sin salir de su contorno salvo en muy pocas ocasiones, Luis Carlos López vivió, sufrió, y elaboró una sólida obra poética mientras que estaba rodeado por las murallas agobiadoras de su ciudad natal en un medio ambiente que toda su obra caracterizaba como pacato e intolerante. Por eso, los versos del cartagenero ponen en ridículo el hastío del acontecer cotidiano en una ciudad que quería aunque la calificaba como un villorrio remoto dentro de la única nación del mundo dedicada oficialmente al Sagrado Corazón.

Para poder apreciar plenamente el alcance y el valor de la sátira política de Luis Carlos López

es preciso ubicar al hombre y su poesía dentro de su medio ambiente y tiempo: Cartagena en las primeras décadas del siglo veinte. Igual que Rafael Núñez (1825-1894), el gran caudillo liberal de la segunda mitad del siglo diecinueve, López fue oriundo de Cartagena. Sin embargo, López perteneció a una familia de liberales "radicales" opuestos al acuerdo realizado entre Núñez y los conservadores encabezados por Miguel Antonio Caro (1843-1909) que dio origen a la Carta Constitucional de 1886. Ante "la traición de Núñez" que contribuyó más tarde entre otros factores, a la sangrienta guerra civil de "los mil días", la respuesta artística del poeta cartagenero fue excluir de sus versos al insigne estadista de su ciudad natal. La única referencia explícita a Núñez en toda su poesía resulta sumamente burlesca e irreverente. La mención de Núñez aparece en el tercer poema de un juego de sonetos titulado "Al lector" con el cual se principia *Por el atajo* (1920), el libro más famoso de Luis Carlos López. Allí se lee:

De tiempo en tiempo, "en el Abril florido",  
bajo a mi villa... ¡Oh, villa amurallada  
de San Pedro Claver, donde han nacido  
Rafael Núñez y Antonia la Pelada!<sup>3</sup>

Al colocar al aristocrático y poderoso Núñez junto con la pobre negra Antonia la Pelada, representante del grupo étnico y social más marginado de su ciudad, López se venga del político traicionero y hace alarde burlón del enorme tre-

1. Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana 1882-1932* (New York: Las Américas Publishing Co., 1961), pág. 851.

2. Jorge Orlando Melo, "La república conservadora" en *Colombia hoy* (Bogotá: Siglo veintiuno, 1978), págs. 52-101.

3. Luis C. López, *Obra poética*. Edición crítica de Guillermo Alberto Arévalo. (Bogotá: Ediciones del Banco de la República, 1976), pág. 219. Cito por esta edición con las páginas anotadas en el texto.

cho socio-económico entre los pobres anónimos y desconocidos y las personas que llevan ciertos apellidos de alcurnia en Cartagena. Además, la mención intencionada en el mismo contexto de San Pedro Claver, el apóstol de los esclavos negros, sugiere con gran efectividad la perpetuación de condiciones injustas y sirve para bajar sutilmente al político famoso de su pedestal. Curiosamente, en una de las pocas entrevistas concedidas por el poeta durante su vida, López aclaró con mayor sorna que sinceridad, la razón por la cual había puesto una negra relativamente desconocida al lado del hombre más famoso en la historia de Cartagena. Según López, Antonia la Pelada fue:

Una negra muy conservadora y muy simpática, demasiado... popular, que por los años de 85 y 86 era ya muy vieja. Su pelo prieto de negra pura no crecía, por lo cual la llamaban La Pelada: iba por las calles saludando a todo el mundo y danzando. Era una grandísima admiradora de Núñez, y cuando el cañón retumbaba en las refriegas del 85, Antonia La Pelada bailaba en las calles de la Heroica, un poco más descubierta que Tórtola Valencia, ebria de gozo por el triunfo. Era extraordinaria, un producto raro de Cartagena, como Rafael Núñez<sup>4</sup>.

Cuando Núñez murió, Luis Carlos López tenía quince años y estaba siendo criado en el hogar de un tendero con modestos recursos económicos que luchaba para sostener su familia de once hijos entre los cuales el futuro poeta fue el mayor. A pesar del problema de estrabismo que le dio su apodo popular del "Tuerto", López disfrutó muchísimo de la lectura de Cervantes, los poetas del Siglo de Oro y los versos del Arcipreste de Hita. Antes de iniciar su propia carrera literaria, López había devorado además, los libros en traducción de Baudelaire, Mark Twain, Schopenhauer, Nietzsche, Dostoyevski y Gorki. Leyó también la poesía de sus compatriotas: Rafael Pombo, José Asunción Silva, y Guillermo Valencia. Poco inclinado hacia asuntos prácticos y el mundo de los negocios, la lectura le brindó la oportunidad de ausentarse un rato del medio ambiente hosco de Cartagena que apenas contaba con treinta mil habitantes aunque era el principal puerto marítimo de Colombia. Debido a "la guerra de los mil días" López no pudo seguir la carrera de medicina que había comenzado en la Universidad de Cartagena. Entonces, se frustró su intento de unirse a las fuerzas rebeldes del general Rafael Uribe Uribe cuando fue encarcelado por las autoridades conservadoras,

quienes lo sospechaban de ser un subversivo. De ahí quizás surgió su fama de ser uno de "esos liberales impíos, masones y ateos" celebrados más tarde en el soneto llamado "A un amigo".

Después de la pérdida de Panamá, López comenzó a reunirse con un grupo de jóvenes cartageneros para formar una tertulia literaria y discutir la política nacional. Antes de desaparecer por completo el grupo, estos jóvenes alcanzaron a publicar un número de una revista literaria llamada *Líneas* en 1907. Fue durante este período en su vida que López escribió "Mi burgo" un soneto que carece del humor característico de su sátira más lograda. El soneto resume sin embargo, su descripción crítica de Cartagena durante su juventud. En "Mi burgo" saltan a la vista la frustración y amargura sufridas por el joven poeta aunadas a una condena directa del cura y el político conservador a quienes echa la culpa por la decadencia y el atraso de Cartagena:

*Con motivo de tu muerte, LINEAS  
"Señor, ten piedad de tu pueblo  
y sávalo de la ruina".*

Jeremías - Cap. V - VER. VII

Los mismos rudimentos de hace tres siglos... Nada de una protesta. Todo completamente igual: callejas, caserones de ventruda fachada y un sopor, un externo sopor dominical.

Población anodina, roñosa, intoxicada de incuria —aquella incuria del tiempo colonial— con su falsa nobleza de acéfalos, minada por el fraile y la hueca política venal.

Pobre tierra, caduca tierra que tanto quiero que hoy rumia mansamente su estolidez, venero —de las intransigencias del medio parroquial,

que aún vive, —si es acaso vivir en la atonía de lo incurable—, bajo la risueña ironía de un cielo azul, de un cielo siempre primaveral... (pág. 341)

En este soneto juvenil se destacan ya varios temas recurrentes de toda la poesía de López tales como la frustración, la rebeldía, el anticlericalismo y hondo pesar ante el espectáculo lamentoso de su decadente ciudad natal. Más tarde, en el soneto famoso "A mi ciudad nativa", la compararía a un par de zapatos viejos que le inspiraba cariño a pesar de su "rancio desaliño" (pág. 243). Se nota también en "Mi burgo" el empleo de algunos de los rasgos formales más característicos del estilo poético de López entre los cuales se destacan el uso de un epígrafe que contrasta irónicamente con el texto del poema o establece su tono junto con la reiteración y la rima inte-

<sup>4</sup>. Romualdo Gallego, *Crónicas, cuentos y novelas* (Medellín: Imprenta Oficial, 1935), pág. 184.

rior para hacer resonar más efectivamente la denuncia del medio social y sus dirigentes.

López recurría a menudo también a la tradición fabulesca en la creación de su sátira poética al describir a muchos seres humanos, y sobre todo los curas y los políticos, como si fueran animales. Por eso, cuando retrata al político, López lo compara "a un perro" en el poema llamado así con la reiteración del símil "como cualquier político" en cada estrofa. Además, este poema se inicia con un epígrafe atribuido a Fenelón (1651-1713), el prelado francés célebre por su libro de *Fábulas* (1712).

"*Todo es igual y lo mismo*"  
FENELON

¡Ah, perro miserable,  
que aún vives del cajón de bazofia,  
—como cualquier político— temiendo  
las sorpresas del palo de la escoba!

¡Y provocando siempre  
que hurtas en el cajón pleno de sobras  
—como cualquier político— la triste  
protesta estomacal de ávidas moscas!

Para después ladrarle  
por las noches, bien harto de carroña,  
—como cualquier político— a la luna,  
creyendo que es algún queso de bola...

¡Ah, perro miserable,  
que humilde ocultas con temor la cola,  
—como cualquier político del día—  
¡Y no te da un ataque de hidrofobia! (pág. 271)

Este cuadro fabulesco del perro que se asemeja a "cualquier político" critica la corrupción y la lealtad ciega de gobernantes y burócratas que son lacayos de los intereses creados o parásitos sociales que dependen del tesoro público o la palanca de sus compinches para poder sobrevivir. El poema contiene, también, una censura de las promesas huecas hechas por el político que nunca cumple su palabra.

Las diatribas poéticas de López contra el político se extienden desde el nivel municipal de concejales y alcaldes hasta gobernadores y aún al señor Presidente de la República. Precisamente, en el soneto llamado "El señor Presidente", López dibuja un primer mandatario sumamente inepto y calvo que se parece bastante al jefe de estado ridículo creado por García Márquez como personaje del cuento satírico "los funerales de la Mamá Grande". El presidente retratado por López aparece de esta manera:

El señor Presidente en su desvelo  
no se abruma de nada... No se abruma,

y, por lo mismo, ¿quién le toma el pelo  
si lleva por cabeza una totuma...?

¡Tal vez camine a un arrabal del cielo!  
Y con su erudición toda hecha espuma,  
para el cielo se irá con su capelo  
y con una apostólica paruma.

"Mucha paciencia y humildad", y muchas  
cosas que huelen a podridas truchas,  
para luego morir como un bendito...

Mientras que los señores de sotana  
siguen jugando con su Marijuana:  
sube que baja, y tira el cor-de-li-to! (pág. 360)

No obstante la comicidad aparente en este retrato caricaturesco que acabo de citar, se mofa en serio de la alianza poco sagrada entre el clero de la Iglesia Católica y los dirigentes del partido Conservador. A pesar del interés actual en una auténtica teología de liberación, este soneto guarda bastante vigencia y alude a la idea marxista de que la religión puede ser el opio del pueblo cuando sirve para nada más que desviarle la vista al pobre de los problemas que padece en la tierra.

López recurre, con frecuencia, al retrato caricaturesco en verso para poner del relieve la demagogia común en los discursos grandilocuentes y altisonantes del orador político o en los sermones más sectarios que teológicos que echaban muchos párrocos a sus feligreses. Por ejemplo, en un juego de tres antisonetos que lleva el título irónico en inglés "That is the question" (el cual, parodia a su vez, al famoso soliloquio de Hamlet), se refiere a la retórica y al tono rabiosos del predicador que "con elocuente / y corajuda voz" lanza anatemas "contra esos más que bárbaros impíos/llamados liberales y masones!" (pág. 227). Luego, en otra parte del mismo juego de antisonetos se ridiculiza la intervención directa del clérigo en la política sectaria con unos tercetos donde exclama sardónicamente el narrador poético:

¡Y qué felicidad me brindaría  
la época electoral, donde yo haría  
las elecciones sin un gatuperio,

no sin llevar a cabo, entre la recta  
sociedad de mi grey, una colecta  
para los niños del Celeste Imperio! (pág. 229)

En el poema llamado "Mitín", que proviene del primer libro de López titulado *De mi villorio* (1908), el narrador poético censura los efectos nocivos de la arenga sobre la sensibilidad de la masa popular, la cual, de golpe sufre como carne cañón la opresión violenta instigada por las

palabras del demagogo. Cito algunos fragmentos del poema:

Se salió de plumada  
la colectiva estupidez, camino  
del rebenque, del tajo y la picota.

Apóstol del Derecho, un petardista  
de frac y cubilete,  
volcó sobre la turba  
de los descamisados  
todo un cajón de frases...

Su vibrante discurso  
causa fue de apoplético entusiasmo,  
que tuvo que sangrar tranquilamente  
la científica guardia pretoriana,  
con el cañón y con la bayoneta (pág. 132).

Con el paso del tiempo, López perfeccionó cada vez más el empleo del humor irónico y la caricatura del paisaje para blandirlos como armas letales de burla contra la situación socio-política que prevalecía en una nación imbuída con un espíritu de innegable conservadurismo o un colectivo estado anímico de modorra crónica. El soneto llamado "Tedio de la parroquia" sirve para reprobar tal ambiente letárgico y comienza con un epígrafe irónico ("¡Ay, qué vida!") atribuido al general griego Temístocles que está en contraste con el texto del poema. El texto describe un ambiente pueblerino en que no ocurre nada y el único acontecimiento del día es contemplar el espectáculo de "cuatro perros" andando "detrás de una perrita" por la vía principal de la gran metrópoli mientras que la población dormida se entretiene bostezando. En el poema apropiadamente titulado "Naturaleza irónica", la descripción de un paisaje plácido y hermoso se contrasta con las actividades febriles de unos ciudadanos llevando a cabo algunas elecciones supuestamente democráticas:

¡Naturaleza irónica que ofreces  
tu cielo azul, tu cielo  
de una benevolencia de zafiro  
a una zambra política!...

Lírico el mar, un sol de primavera,  
y en el confín un barco  
de cromo de almanaque, —Imprecaciones,  
bofetadas y tiros...

¿Qué contracción dinámica  
desorganiza a un plácido terruño  
de sacapotras y de tinterillos?  
—Nada: elecciones para concejales (pág. 295).

Aquí, además del contraste irónico ya anotado, se contraponen dos lenguajes: uno que es

supuestamente lírico no obstante las imágenes ya bastante desgastadas y trilladas para describir el paisaje y otro, que es coloquial y prosaico y sirve para espejar el desorden político y social reinante en los comicios locales. Tal yuxtaposición de lenguajes disonantes recuerda que la euforia evocada por los gobernantes en su retórica oficial desentona muchas veces con la realidad cotidiana en que viven sus oyentes.

Cuando los liberales llegan por fin al poder con la victoria electoral de Olaya Herrera en 1930, Luis Carlos López ya ha escrito la mayor parte de su obra poética más lograda. Sus talentos de antipoeta y caricaturista en verso se encuentran ya en pleno ocaso. No obstante, aún le quedan algunos pocos sonetos que conservan ese tremendo poder irónico de tragicomedia que Jorge Zalamea Borda calificó como su gran "comedia tropical"<sup>5</sup>. En un nuevo tipo de antisoneto de carácter epistolar que López ya había ensayado en una serie de versos de ocasión publicados en *El Tiempo* de Bogotá y llamados "Cartas entreabiertas para Eduardo Santos", se presenta una crítica abierta de los liberales. En un poema llamado simplemente "Soneto" López acusa a los liberales de no haber hecho absolutamente nada para restaurar la perdida gloria de Cartagena. Al final de "Soneto", López puso la fecha (abril 9 de 1934) y una nota indicando que Cartagena de Indias se encontraba "en estado de sitio" cuando él escribió el poema. El característico epígrafe va dirigido al poeta valluno Carlos Villafañe y crea un marco epistolar y sardónico para todo el soneto:

*En respuesta a Villafañe,  
quien me pregunta si he visto a  
Olaya Herrera y que tal me ha  
parecido la Señorita Valle.*

A. Villafañe  
En el valle  
...de Josafat.

Ya pasó por fortuna el centenario  
de mi heroica ciudad, la de los viejos  
muros inaccesibles al corsario  
que hoy dan asilo a ratas y cangrejos.

Con su oblicuo mirar de ojos de ario  
vi a Olaya Herrera en múltiples festejos,  
siempre a las seis y diez ante un horario  
y ante un montón de Albertos Pumarejos.

5. Véase la antología de la poesía de López hecha por Jorge Zalamea Borda, *La comedia tropical* (Bogotá: Ediciones Nueva Prensa, 1962).

Y vi también en típicos concursos de belleza y de gracia, entre discursos tropicales que nunca tomo en cuenta,

a la muy grácil Señorita Valle que aquí nos embrujó con el detalle divino de sus pies de Cenicienta... (pág. 412).

Aquí se pone en tela de juicio el malgasto de plata en los festejos de rigor que acompañaban el concurso nacional de belleza en que participaron los dirigentes liberales de la época tales como el Presidente Olaya y el corpulento senador Pumarejo. Los sobredichos políticos ignoraban las verdaderas necesidades de la ciudad otrora majestuosa y heroica.

"Perspectiva halagüeña" representa otro soneto satírico dirigido contra los liberales. Este soneto de 1937 comenta con tino vaticinador e ingenio la gran noticia del día —la desaparición de Olaya Herrera— que presagia la división del partido Liberal, el consecuente retorno al poder de los conservadores, y un nuevo brote de caos político llamado La Violencia en letras mayúsculas por los historiadores. He aquí el soneto que va encabezado con un epígrafe que es un supuesto comentario del líder liberal Gabriel Turbay ante la muerte de Olaya:

*"Aún está caliente el cadáver del doctor Enrique Olaya Herrera y ya se barajan muchos candidatos para ocupar el solio presidencial".*

GABRIEL TURBAY

Con la muerte de Enrique Olaya Herrera no vamos a pasar muy buenos ratos, ya que pronto vendrá una gazapera fenomenal de perros y de gatos.

Y en la enorme trifulca venidera tendremos que correr como pazguatos, pues hasta nuestra humilde cocinera nos tirará a la crisma ollas y platos...

Porque todos en esta tremolina, <sup>T</sup> verbigracia, el tendero de la esquina y el tinterillo aquel de faz risible,

querrán subir al solio entre pedradas, tiros, bayonetazos, puñaladas y mil ajos... "¡Oh gloria inmarcesible!" (pág. 359).

El apóstrofe del último verso ("¡Oh gloria inmarcesible!"), sacado de su contexto original en el Himno Nacional escrito por el solemne poeta y político cartagenero Rafael Núñez, se ha tornado plenamente irónico dentro y afuera del poema al pensar también en lo acontecido a lo largo de la historia colombiana en el siglo actual. La historia nos enseña que el perpetuo juego político entre liberales y conservadores no ha conducido el país del Sagrado Corazón a ese "júbilo inmortal" tantas veces pregonado por sus gobernantes y cantado repetidamente en la letra del Himno Nacional.

En fin, la sátira política de Luis Carlos López constituye una veta esencial de toda su antipoesía desmitificadora y demoledora. Por eso, el juicio emitido por Baldomero Sanín Cano hace más de medio siglo en el prólogo para la segunda edición de *Por el atajo* (1928) resalta bien hoy en día el verdadero valor y significado de la sátira política del poeta cartagenero. Sanín acertó al declarar:

Siempre se ha requerido en las varias literaturas la presencia de un humorista para fijar en rasgos duraderos la miseria, la plenitud, las contradicciones de una época determinada. Cervantes, Shakespeare, Jean Paul Richter, representaron humorísticamente la vida de su tiempo. Esta cosa, insípida, gris, blanda y desarticulada que es la vida política de Colombia en los últimos treinta años, está admirablemente vertida por la poesía insuperable, por el humor penetrante y sano de Luis C. López<sup>6</sup>.

6. Baldomero Sanín Cano, "Un humorista de la América Española" —Prólogo en *Por el atajo* 2a. ed. (Cartagena: n.p., 1928).